

num 82

8

EL PACTO DE LAS CUATRO

Núm. 82

El Pacto de las Cuatro

BASADA EN LA PELÍCULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR
CARL FROELICH



PELÍCULA



DISTRIBUIDA POR
ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA S.L.
BARCELONA MADRID
Provenza, 273 Mesonero Romanos, 2 y 4

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

INGRID BERGMANN	<i>Mariana</i>
Sabine Peters	<i>Catalina</i>
Carsta Lück	<i>Lotte</i>
Ursula Herking	<i>Francisca</i>
Hans Söhrker	<i>Kohlund</i>
Leo Slezak	<i>Profesor Lange</i>
Erich Ponto	<i>Hintze</i>
Heinz Welzel	<i>Martin</i>

EN PREPARACIÓN:

VOCACIÓN DE MARINO, interpretada por
JOEL MC. CREA y ANDREA LEEDS

TALLERES GRÁFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL PACTO DE LAS CUATRO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LAS CUATRO CAMARADAS

Mariana, Catalina, Lotte y Francisca son cuatro valerosas amigas a las cuales une, además del encanto de su juventud radiante y florida, unos mismos ensueños de arte y un idéntico afán de independencia.

Mariana es bella, es rubia y es una muchacha moderna llena de confianza y de amor propio.

Catalina tiene los ojos tristes, la nariz respingona, es sentimental y contempla con admiración a Mariana.

Lotte es, en cambio, fría y reflexiva; egoísta y práctica.

Y Francisca, de cabellos negros, es una artista llena de talento, para la cual nada cuenta fuera de su arte.

Las cuatro muchachas se han asociado para abrir un estudio de creaciones publicitarias, bajo el título «Las Cuatro Camaradas...».

Tomaron aquella decisión, en un pacto de independencia antes de abandonar la escuela de dibujo; harias de las amonestaciones de su joven profesor Kohlund, y para demostrarle a éste y a todos los hombres, que podían y sabían valerse por sí mismas.

Aquella mañana entraron las cuatro al estudio con la firmeza del que tiene resuelto su porvenir. Escucharían su última lección —¡por fin!— y después de recoger sus bártulos saldrían a la calle, ávidas de respirar el aire puro de su libertad escolar. La ciudad, el mundo, se les ofrecería a sus pies y les brindaría su apoyo para que las cuatro pudieran triunfar a su antojo ¡qué duda cabe! Eran jóvenes y bonitas; eran ambiciosas y eran artistas... Nada más se necesita para triunfar. ¡Adelante, pues! Subamos al estudio por última vez y veámos qué nos dice Siegan Kohlund, del cual era preciso despedirse a pesar de todo.

Las cuatro penetraron alborozadamente en el estudio, donde se hallaron con el profesor Kohlund que las estaba aguardando. Entre gritos de júbilo pasaron a recoger sus enseres, sus maletines de dibujo, sus batas. La risa prendía en los labios de una y seguían todas riendo sin motivo justificado, o quizá tomándose un adelanto por la libertad que iban a gozar desde entonces. El profesor Kohlund las miró severo y alzó la voz para imponer orden a aquellas cuatro cabezitas alborozadas:

—¡Silencio! ¡Un momento de atención! — y como ellas continuaban en sus risas y exclamaciones, sin hacer mucho caso de sus palabras, repuso autoritario: —¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Ya recogeréis las cosas más tarde. Todavía faltan cinco minutos. Tengo tiempo de daros unas consejos.

—Milagro sería — exclamó Francisca —. El consabido discurso.

—Usted será dueña de su voluntad dentro de poco, señorita Francisca — repuso gravemente Kohlund —, pero aún soy su profesor. No tengan tanta prisa. Después de estar aquí cuatro años, ¿no es ha quedado un átomo de paciencia para esperar aún unas cuantas minutos? ¿Creen que fuera os esperan con tanta impaciencia? Comprended bien lo que voy a decir: La vida es muy áspera, y el arte aborrecido. Vivir exclusivamente del arte es difícil, especialmente para ustedes. Tengan ustedes esto muy en cuenta, señoritas.

—¿Habéis oído? — preguntó Lotte, burlonamente a sus compañeras.

Estas habían cesado en sus gritos y en sus risas, adoptando ante el joven profesor una actitud entre sumisa y atenta, por lo que aquel continuó:

—Mi teoría sobre la falsa ambición de las mujeres les es a ustedes de sobra conocida.

Mas, como observase que Mariana le miraba fijamente, paró en seco el discurso y exclamó dirigiéndose a ella:

—¿No me asesina usted con los ojos?

—Yo...? — disculpóse Mariana entre las risas contenidas de las demás.

—¡Demuéstreme lo contrario — prosiguió el profesor — y me daré por convencido! Ahora hay que lanzarse valientemente a la lucha. Hay que dar salida a las obras. Es necesario venderlas para ganarse el sustento. Mirad a vuestro alrededor. Aquí se os han enseñado las señas del arte, cosa que no todos pueden comprender. ¡Mirad allá! — y les señalaba los grandes ventanales empujados —. ¿Qué veis tras los cristales...? Pues veis nada menos que Berlín, ¡Berlín! Nuestra hermosa ciudad, ¡la capital de la gran Alemania! Pues bien: ¡en ella está vuestro sustento, vuestro porvenir, vuestra dicha!

—¡Bravo! ¡Bravo! — exclamaron las muchachas, batiendo palmas.

—¡Profesor! — repuso Catalina.

—Díga.

—¿Quiere usted honrarnos esta noche asistiendo a nuestra fiesta de despedida...? ¡Habrá su poquito de baile y todo.

—Lo siento mucho, pero esta noche no puedo.

—¡Oh! ¡Oh, Mariana! — río Catalina —. ¡Dice que le es imposible asistir a la fiesta!

—¡Pero, Kate! — contesto la interpelada —. ¡Recuerda que tenemos que ir al aula!

El profesor interviene.

—Señorita Mariana.

—¿Desea usted, sígo?

—Esta noche pienso irme de Berlín y...

—¿Ah, sí? ¿Se va usted definitivamente?

—Sí. A Dresde. También para mí ha concluido la escuela la misma que para usted. He sido nombrado jefe de propaganda en una fábrica de cigarrillos. Empezó mañana.

—¿Y...? — interrogó Mariana.

—Antes de que nos separemos — prosiguió Kohlund — tengo necesidad de decirle a usted algo muy importante.

—Sí, ya entiendo — atajóle la muchacha —. Buenos consejos. He sido muy buena, muy aplicada, he demostrado mi amor al estudio. Ahora... Eso en arte significa poco. Y usted no cree que yo hego nunca a ser nada. Pues bien; yo también quiero decirle algo; algo interesante, ahora que ya no es usted mi profesor.

—Gracias a Dios. He aguardado esta hora con verdadero alán.

—¿Qué hora?

—Esta en que ya no es usted mi discípula; en que no cometo ninguna falta de disciplina.

Y se le atragantó la voz. Puso su vista inquieta alrededor de las tres compañeras de Mariana. Ellas comprendieron y, discretamente, se apartaron cerca del ventanal para contemplar el panorama de la ciudad. Mariana, deliciosamente intrigada por el silencio repentino de su profesor, repuso para darle ánimos:

—¿Decía usted...?

—Decía... que no cometo ninguna falta de disciplina si le digo que... la quiero con toda mi alma y que estoy dispuesto a casarme con usted en seguida. Para mí es usted, como mujer, el número uno; le que no impide que, como dibujante, tenga el concepto de que se merezca usted, a lo sumo, el número nueve mil novecientos noventa y nueve.

—¿Ah, sí...? — contestóle ella con un gesto de asombro —.

—Y ha sido usted capaz de decirme esto después de cuatro años de trabajo...? ¿De estudio...? ¿Sabe usted lo que es eso? ¡Pues una villanía!

Y haciéndole un mohín gracioso a su profesor volvióse a

sus compañeras que seguían contemplando el panorama de la ciudad y celebrando con risitas burlescas la inesperada declaración de amor del joven Kohlund.

Pero el joven Kohlund no se desanimó por ello. Conocía bien a sus discípulas y sabía que, a pesar de su aparente trivialidad, existía en el corazón de ellas un deseo de agraciado, de querer y ser queridas; y como no era posible declararse a las cuatro, optó por Mariana, la más voluntariosa, la más rebelde —y quizá, también, la más bella— con la secreta esperanza de domar su corazón y hacerse suyo; como suyo se había hecho el ideal de su arte que tan pacientemente le había inculcado en sus horas grases de estudio.

Mariana, después de todo, había resultado una discípula ejemplar, inteligente y original; con un concepto moderno de la decoración. Con ideas propias, que a veces pugnan con las del mismo profesor. Pero Kohlund, en vez de rechazarlas de plano para no herir la susceptibilidad de su discípula, las rodeaba de fantasía artística para que tuviesen realidad práctica. Ello servía para darle más trazo en sus dibujos y mayor aplomo en sus concepciones. También Mariana se había dado cuenta de la paciencia de su profesor, pero su amor propio y su concepción se gozaban en hacerle reír cuando en sus dibujos la burla original pecaba de extemporánea.

Lo cierto es que Kohlund admiraba a su discípula. Quizá su admiración, más que para la artista, era para la mujer en cuernus que se adivinaba en la juventud de aquella enigmática adorable. Todo influyó para que se decidiese a declararle su amor terminando su apostrofo. Mas ella no había respondido a sus deseos... No se desanimaba después de todo. Estaba segura que llegaría su hora y entonces sabría ella el tesoro de gemas que puede albergar el corazón de un profesor joven para una discípula voluntariosa y bella.

Las cuatro muchachas se despidieron de Kohlund. Ya en la puerta, la mano de Mariana quedó atascada durante breve intervalo entre las de él.

—Bueno, maestro —advirtió Mariana— ¡supongo que dejaré usted que me lleve mi mano!

—¡Ah, sí! —suscitó Kohlund, desprendiéndose de ella—. Tome usted su mano. Pero no olvide usted lo que le tengo dicho: como mujer, el número uno; como dibujante...

—Sí. El mil novecientos y pico; ya me lo dije antes.

—Bien; pero usted no me ha dicho qué piensa sobre mi proyecto matrimonial.

—Pues pienso... ¡que tenga usted un buen viaje!

—Lo tendré si usted me acompaña.

—¡Ta, ta, ta! —contestó Mariana, dirigiéndose a la escalera.

—¡A lo menos hasta la estación! —rogó Kohlund.

—¡Mariana! ¡Mariana! —gritaron sus compañeras desde abajo.

—¡Adiós, maestro! ¡Y que sea usted bueno!

Y mientras Mariana pasaba a reunirse con sus compañeras que la aguardaban en la acera de la calle, Kohlund se dirigió a recoger su pequeño equipaje y prepararse para su partida a Dresde en el rápido de las nueve de la noche.

La estación de Willemstasse estaba situada al oeste de la capital. A ella se llegaba por una ancha avenida de altos edificios iluminados todavía a aquella hora. Los comercios se habían cerrado ya, pero permanecían los escaparates de las tiendas mostrando entre sus cristales sus focos de luz abiertos. Solo los establecimientos de bebidas, cafés, cervecerías y restaurantes permanecían abiertos y mostrando en su interior un movimiento de animación. Los autos pasaban raudos por la calzada, rebulliendo sus focos entre el asfalto húmedo de la avenida.

Kohlund llegó a la estación cuando el enorme reloj de su torre señalaba las ocho y media. Le quedaba media hora todavía. Tenía tiempo de pasar al bar. Encaramóse en uno de los altos taburetes del mostrador y pidió una copa de conac.

Mientras iba emborrachando el líquido reconfortante miraba la puerta de entrada, esperando ver aparecer de un momento a otro la silueta de su discípula. La estación iba llenándose de viajeros y el mostrador del bar de clientes apresurados que bebían y pagaban, recogiendo rápidamente sus maletas para dirigirse al andén. Se oía el trepidar de la locomotora; unos pitos, unas señales... y en el bar no quedaba más que Kohlund con su aire avizor, petrificado como una estatua de sal.

A poca se oyó la voz de un empleado ferroviario:

—¡Señores viajeros al tren!

Kohlund saltó apresuradamente de su taburete, abió su consumación y con las maletas en la mano se dirigió al andén. Mas, al volver la vista, vio entrar a Mariana por el ancho vestibulo de la estación. Rápidamente se dirigió a ella.

—¡Mariana!

—¡Oh, usted! ¡Apresúrese! ¡El tren va a marchar!

—Espere un momento. ¡Mariana! ¡Por fin ha venido!

—He venido solo para decirle...

—Ha hecho usted muy bien en venir...

Algunos viajeros resagados pugnaban por entrar en el andén y trepezaban con la pareja que se había estacionado en mitad de la puerta.

—Haga el favor de no empujarme! —dijo uno de ellos a Kohlund.

—¿No ve usted que estoy hablando con una señorita? —

contestóle el joven al viajero malhumorado.

—Eso no es razón para molestar a todo el mundo! — replicóle aquél.

—¿No tengo tiempo de discutir?

El reloj de la estación señalaba las nueve y la máquina del tren empezaba a lanzar resoplidos y a emanar columnas de humo.

—¿Que se le va el tren! — observóle Mariana.

—Deje usted que se vaya. Diga, Mariana: ¿ha pensado usted algo sobre lo que le dije?

—Sí, he pensado algo.

—¿Y...?

—Y he venido únicamente para decirle que se usted un prematuro y un necio y que ya está sobre abriendo paso!

—Bien, pues no discutamos más y hasta la vista, Marianita.

Y no se olvide en esta oportunidad de quitarse el delantal!

Y Kohlund saltó rápido al andén para tomar uno de los vagones del tren que ya empezaba a emprender su marcha.

Desde la puerta todavía le vio Mariana, mientras él sacaba la cabeza por una ventanilla saludándola con la mano.

—Adios, adios! — dijo ella, correspondiendo a su saludo.

Con paso vacilante salió de la estación. Entonces se dio cuenta de que no se había desprendido todavía del delantal de trabajo ni su afán de correr a despedirse de su joven profesor. Lo que más le molestaba a Mariana es que él le hubiese notado. Pero ella no significaba ninguna clase de interés por Kohlund... ¿Qué se habría creído...? Se interesó por él en calidad de discípula agradecida y nada más. De momento, ni le interesaba Kohlund ni ningún otro hombre. Tenía sus estudios, a ellos dedicaría todos sus esfuerzos y estaba segura de triunfar gracias a su ambición, su afán de ser libre y de vencer en la vida, sin necesidad de apoyarse en el brazo de ningún hombre.

Paso a paso se dirigió a su casa. La noche había cerrado por completo. Por el camino tropezaba con varias parejas de enamorados. Mariana les veía pasar con conmiseración.

—¿Qué tontos...!

Al cabo de media hora había llegado a su pósito, y mientras se desnudaba para acostarse iba pensando en los planes de su nueva vida.

AMANECE A LA NUEVA VIDA

Apenas durmió. Un insomnio pertinaz la tuvo desvelada toda la noche. En la oscuridad veía aparecer mil sombras fantásticas que le iban señalando el camino a seguir: reportería, amancebros, oficinas, despachos, redacciones de periódicos. Ha-



Catalina calló, pero él proseguía habiéndole de amor.



Kohlund entró en la tienda y la primera con que se encontró fué con Catalina.

habitaría su pequeño estudio de manera que pudiera recibir los míseros encargos que, indudablemente, le harían. Inundaría de dibujos la ciudad, ganaría mucho dinero y su nombre como cartelista se haría famoso. Entonces podría vestir elegantemente, concurrir a exposiciones, ganar premios... ¡en fin! ¿Y después? Después quizá sería llegada la hora de pensar en el amor. Pero no en el que pudiera inspirar un profesor cualquiera; ni en un hombre del mismo gremio. ¡Nada de compadecimientos! La vida marcaba su índice hacia las alturas y su talento y su belleza conquistarían lo demás.

A la mañana siguiente el sol alborotaba en la pequeña ventana de su cuarto. Se levantó y arregló su frugal desayuno y una vez compuesta con su mejor vestido se echó a la calle.

Iba sonriente y decidida como un conquistador a la victoria. En la página de anuncios de un periódico había leído una dirección y a ella se encaminaba. Subió a una agencia de publicidad, pero había hecho tarde. Estaban ya servidos. Apenas si prestaron atención en su porte y en sus dibujos; mas no por ello se apenó: visitaría otras casas e indagaría nuevos caminos donde poder ofrecer su trabajo.

Todo el día se lo pasó yendo de zoo en colodro. Las redacciones tenían exceso de dibujantes; los almacenes no necesitaban, y en la mayor parte de las oficinas ni la dejaban penetrar siquiera con el pretexto de que aquel día no podían atender solicitudes de trabajo.

Al cabo de tres días de deambular por la ciudad, cansada y con el corazón desesperanzado, penetró en un edificio de nueva planta en el que se hallaba instalada una agencia de publicaciones. Después de largo rato de hacer anteala fué acompañada al despacho del jefe, que la recibió muy amable, quizá con un exceso de galantería; pero no era cosa de fijarse en detalles en aquellos momentos. Lo esencial es que había logrado ser recibida y, por las muestras, deducía que iba despertando interés su proposición.

El jefe de propaganda escuchó detenidamente a Mariana y se hizo cargo de sus deseos. Ella le mostró algunos dibujos como prueba de su aptitud. El jefe se interesó por ellos y, al fin, decidió hacerle cargo de unos dibujos.

—Le hago el encargo —le hizo observar el jefe— sólo a título de prueba. Después, si usted demuestra su capacidad, su aptitud, ya veremos. ¿Me ha comprendido usted, señorita?

—Sí, señor; perfectamente.

—Lo interesante en los dibujos para la casa, es que en ellos haya figura, línea. Las curvas, sobre todo, es lo que más me importa... y aquí el galante jefe guiñábale un ojo maliciosamente. Porque las curvas están siempre llenas de peligros, tanto en las mujeres como en las carroceras, y los hombres al verlas han de sujetar el volante.

—De acuerdo, señor —contestaba Mariana, maquinalmente.

—Siento no poder ofrecerle más por ahora, pero si sus trabajos nos satisficieran...

—¿Más adelante, no es eso, señor? —interrumpió ella—. Ni soy exigente ni puedo serlo. De todos modos, gracias.

Con galantería extrema el jefe la acompañó a la puerta del despacho mientras le hacía las últimas observaciones.

—Puede usted estar completamente segura, señorita, de que yo tendría muchísimo gusto en servirle a usted allí, aunque no fuera en...

—Muchas gracias —atajóle Mariana, que adivinaba sus intenciones—. Por hoy ya he tenido bastante suerte.

—Es que una muchacha como usted, señorita...

—Tan joven y tan linda —le interrumpió ella— merece tener suerte. ¿No iba usted a decir eso?

—Claro, claro.

—Dicen todos igual.

Mariana descendió rápida la escalera, abrumada por la memoración de aquel galante jefe de propaganda, y se dirigió a su casa, sino satisfecha por completo, contenta al menos por haber alcanzado su primer trabajo de encargo.

Al día siguiente Mariana volvió a la oficina a entregar sus dibujos y se repitieron las abrumadoras solitudes del galante jefe. Al cabo de unos días este intentó pasar de las solicitudes a vías de hecho, a lo que ella no transigió de ninguna manera. Entosces vino la proposición declarada: ella ascendería; dibujaría menos y ganaría mucho más. Su porvenir estaría asegurado mientras fuera complaciente con el. Mariana se negó en absoluto.

—Muchas gracias. No necesito protecciones de tal índole.

—Entonces... —replicó el secamente—. Lo lamento mucho, pero por hoy no tenemos más encargos.

Saltó a la calle maldecido de su destino. ¡Otra vez sin trabajo! La vida no se le presentaba tan sonriente como había imaginado; ¡que le iban a hacer! Otra vez se dedicaría a la búsqueda de encargos y con la esperanza puesta en Dios y en sus esfuerzos de muchacha voluntariosa se dirigió hacia las grandes avenidas que en aquellos momentos bullían de animación. Al transponer la calzada divisó a su amiga Catalina que, apresuradamente, venía en dirección adversa.

—¡Kate!

—¡Mariana! ¡Tú! ¿Qué casualidad tan agradable! ¿Quién podía esperarse esta sorpresa...? Hace ya mucho tiempo que no nos vemos.

—¡Ah! Mucho, sí... Pero dime, pequeña: ¿dónde vas?

Catalina le dio la dirección de adónde se dirigía. La habían llamado para encargarle unos dibujos y, posiblemente, se quedarán en la casa si su trabajo era del agrado del jefe de propaganda.

—Yo vengo de allí —contestóle Mariana.

—Tú has encargado algo, ¿tal vez?

—Efectivamente —mintióle ella, compadecida de la buena fe de Catalina.

—¿Y a un precio decoroso?

—Sí.

—Me alegro que hayas sido tú quien lo ha conseguido, y te felicito.

—Muchas gracias. Pero estoy contrariada... Quizás te lo he quitado a ti. A ti, precisamente.

—¡Oh! No te preocupes por ello.

—Trabajas por tu propia cuenta?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—Supongo que te dará muy buen resultado.

—Magnífico. Juega por ti misma. No hago más que gastar las suelas.

—Vea, ¡a esto no hay derecho...! Cuatro años siendo amigas tan íntimas, tan entrañables...

—Y ahora sin saber nada una de otra, como si no nos hubiéramos conocido... ¿Qué sabes de Lotte y Francisca?

—¡Lotte! Lotte está bien. Ha conseguido una colocación. Está empleada en una oficina que hay junto a la estación de Friedrichstrasse.

EL PACTO DE LAS CUATRO

Ambas amigas se dirigieron camino de la estación. Era la hora de salida de los talleres. Cerca de la Friedrichstrasse se hallaron a boca de jarro con Lotte que salía de su oficina. Catalina al verla no pudo disimular su admiración y exclamó:

—¿Qué bien vistes, chica!

A lo que arguyó Mariana:

—No es extraño, con su situación.

—¿Situación has dicho...? —exclamó Lotte.

—¿No tienes un empleo muy bueno? —preguntó Catalina.

—¡Oh! Para morir de aburrimiento —contestó la interpelada.

—No digas.

—Deberías estar saltando de alegría. Lotte —dijo Mariana.

—Oh, sí. Dibujar letras durante ocho horas al día, ¿quieres nada más fastidioso, di?

—Pero las letras eran tu fuerte, precisamente.

—Y que eso será al comienzo.

—¡Bonito comienzo...! Siguiendo así acabaré volviéndome

estúpida. ¿Y sabéis cuánto me pagan? ¡No...! Es preferible que sigáis ignorándolo.

—Lo que me gustaría saber —preguntó Mariana—, es cómo se desenvuelve Francisca.

—Si queréis, vamos a su casa —arguyó Lottie—. Yo sé dónde vive.

—¡Sí, sí! Vayamos a verla —exclamaron Mariana y Catalina. Seguramente tendrá una gran alegría.

Las tres amigas pendieron por el laberinto de calles adyacentes a la avenida, en una de las cuales se hallaba la casa donde había montado su estudio de pintura su ex compañera de estudios, Francisca. Esta tuvo una gran alegría de verlas por su casa y se apresuró a enseñarles el pequeño taller, en cuyos rincones veíanse algunos cuadros esbozados y multitud de dibujos por las paredes.

—¿Qué tal? —preguntó Mariana.

—Muy bien.

—¿Eres tú feliz, al menos, Francisca? —interrogó Lottie.

—No tengo otra cosa en qué pensar —contestó ella.

—En este momento, no —interpuso Mariana—. Contéstame lo eres?

—Del todo... —contestó ella con mucha convicción.

—Hum... —arguyó Lottie.

—Lo suponía —exclamó Mariana—. Te felicito.

—Muchas gracias. ¿Y a vosotras? ¿Qué tal os va a vosotras?

—¡Oh! A nosotras no nos puede ir mejor! —dijo riendo Lottie.

—Y tanto...! —exclamó Catalina barionamente.

—Desde luego —reconoció Mariana.

—Os felicito a mi vez.

—Gracias, gracias. ¿No tienes más cuadros?

—Oh, claro!

—¿Y les das salida? —preguntó curiosa Lottie—. ¿Entonces estás muy bien!

—Naturalmente que les doy salida —contestó Francisca con un dejo de ironía en sus labios—. Uno lo tiene el panadero, dos, el carnicero; tres, el pescador; cuatro, el administrador de la casa... Tan sólo la Compañía de la Electricidad no se interesa lo más mínimo por el arte. Y yo gasto petróleo, ¡naturalmente!

Estaban en el momento de las confidencias. Mariana comprendió que también Francisca estaba a punto de sucumbir en la lucha, y le preguntó compasiva:

—¿Con qué hambre...? ¿Estás igual que nosotras...?

—¿Cómo? ¿También tú...? —exclamó Francisca—. ¿Acaso a vosotras os va mal también...?

Mariana contestó por todas:

—¿Para qué hemos estudiado cuatro años, si ahora no podemos ganarnos el pan?

La pipireta Lottie se irguió y tomó la palabra dirigiéndose a sus compañeras:

—Señoritas: ustedes carecen de aptitud. Vale más que se enseñen.

—¡Solo nos faltaba eso! —exclamó Mariana—. ¡Rendirse a discreción ante el enemigo!

Catalina, más comprensiva, preguntó a Francisca:

—¿Ya no haces bocetos?

—Para tener que ir a ofrecerlos al mercado —contestó la aludida— a un precio muchísimo más bajo que las manzanas picadas... ¡Gracias...! En eso sí que podrías ayudarme alguna de vosotras.

—El ir a chalancar con el arte es lo más molesto —arguyó Catalina.

—Hoy, precisamente —dijo Mariana—. Le he quitado a ésta un encargo, sin querer. Y señalaba a Catalina—. ¡Mala suerte!

—Cállate, mujer —contestó Kate—. ¿Eso qué importa? Lo importante es que haya sido una de nosotras contra la que lo logró.

—¿Una de las cuatro...? —Y a Mariana empezó a bullir una idea por el cerebro.

—Sí: una de las cuatro.

La idea que, repentinamente, se le ocurrió a Mariana se iba precisando. Así que, magnánimamente, preguntó de nuevo:

—¿Una de las cuatro...?

—Sí: una de las cuatro —exclamó Lottie esta vez.

—Una de las cuatro. —Iba repitiéndose Mariana, ante la estupefacción de las demás—. ¡Sí! ¡Oh, sí! ¡Qué buena idea!

Y, dirigiéndose a Francisca, le preguntó señalando unos dibujos:

—¿Qué es eso...?

—Pues unas garabatos hechos sobre el mejor papel. Te advierto que me cuesta dos peniques cada uno.

—Eso no son garabatos —exclamó entusiasmada Mariana—. Eso es oro! Oro de ley! Es una fortuna...!

Ante aquel entusiasmo intempestivo, sus compañeras creían que se había vuelto loca. Lottie le contestó barionamente:

—Sí. ¡La cuadratura del círculo!

—Eso es ¡la cuadratura del círculo! —Y atrayéndolas hacia sí, mientras iba zarandeándolas de una a otra, continuó:— Fundaremos una gran casa de publicidad. Francisca, hará los bocetos. Catalina y Lottie los ejecutarán; y yo, haré los pedidos. ¡Eh! ¿Qué os parece...?

—Trato hecho —contestó Francisca por todas.

—Sí —procuró Mariana—. Somos cuatro. Somos cuatro camaradas... ¡Mi cuadrilátero dentro de un círculo! ¡He ahí nuestra gloriosa marca!

Las cuatro muchachas batieron palmas alborozadamente ante la proposición de Mariana. ¡Lo que no se le ocurría a ella...! Al fin podrían realizar su ambición de ser libres y ganar dinero y notoriedad con sus dibujos. La vida les sonreía de nuevo ante la idea de poner en práctica aquel proyecto tan seguramente sugerido en aquellos momentos de depresión. ¿Quién dijo pesimismo...? ¡Adelante! Desde aquel momento jurarían el pacto de mutua ayuda. A trabajar en comandita y a no dejarse vencer por amores ni amarguras. Como soldados que se aprestan a la lucha, así ellas, llevando como armas sus lápices de colores, sus pinceles, sus batas de trabajo y sus notas de pedidos, seguirían adelante guiadas por la fuerza de su juventud y la ilusión del trabajo hasta conseguir el vellocino de oro que las permitiría gozar de una vida libre, feliz, sin zozobras económicas y sin complicaciones sentimentales.

—¡Guerra a los hombres! ¡Viva la libertad! — exclamó Mariana.

—¡Viva! ¡Viva! — repitieron las demás a coro.

EN EL MUNDO DE LOS NEGOCIOS

Nos hallamos en Dresde, capital de Sajonia, a orillas del Elba, en una de cuyas fábricas de cigarrillos el profesor Kohlund fue nombrado jefe de propaganda.

Sus deberes personales se captaron inmediatamente la confianza de la dirección y en ello no anduvo equivocada, pues el antiguo profesor de dibujo, desde que tomó posesión de su cargo, viene desplegando una actividad y un conocimiento tales en el negocio que son el encanto de la comandita.

Para el mayor prestigio de la marca, se ha ideado un concurso —obra personal de Kohlund— de carteles anunciadores de los cigarrillos que elabora la fábrica. A dicho concurso pueden tomar parte todos los dibujantes cartelistas de Alemania. No se les exige otra cosa que buen gusto y originalidad en la concepción de sus bocetos. Todos los periódicos han publicado las bases y las recompensas para los carteles que resulten ganadores.

Esa mañana, Kohlund, está despachando con su secretaria en el despacho de la fábrica. Un montón de cartas sobre la mesa del despacho de Kohlund da idea del interés que ha despertado el concurso entre los dibujantes cartelistas del país. Todos precisan detalles, prometen su participación al concurso, piden datos especiales... Kohlund, satisfecho por el interés despertado entre los artistas del cartel, sigue abriendo cartas y más cartas. De pronto, se para ante el contenido de una

de ellas. Su secretaria le ve sonreír mientras está leyendo. De pronto, exclama, mientras le muestra la carta:

—¿Qué cosa tan chusca! Ven usted la que dice esta carta: «No hay quien compita con nosotros en calidad, prontitud y precios. Si nosotros le anunciásemos a usted, usted triunfaría. ¡Vea! —comenta Kohlund, mientras suelta el trapo de la rima—. ¡Eh! no en calidad, por lo menos en osadía; no hay quien compita con ellas!... Y dirigiéndose a su secretaria, le ordena: Escriba usted: «Tomamos buena nota de la fundación de su joven firma y les brindamos a ustedes la ocasión de tomar parte en nuestro concurso. Y que... el texto de siempre, ya sabe usted. «Sirvanse mandar sus trabajos a nuestras nuevas oficinas de Berlín. No se reciben en modo alguno visitas personales. Se les informará por escrito.

—¿Y la dirección? — preguntó la secretaria.

—Vea esto — contestó Kohlund, mostrándole el membrete de la carta.

—¿Cuatro camaradas?

—Sí.

—Es original. ¿No le parece...?

—Sí. La marca debe ser la única originalidad.

—¿Y quién las firmado?

—¿Quién firma...? ¡Cuatro camaradas! Buena. Vámonos a otra cosa.

En el estudio que Mariana, Catalina, Lotte y Francisca habían improvisado en uno de los arrabales de Berlín, reinaba aquella mañana gran algarabía. Hacían vida en común y habían improvisado sus camas en la única habitación amplia del estudio, con vistas a un patio de vecindad.

Hacia un buen rato que el despertador sonaba impertinente y las muchachas seguían arrebuñadas bajo sus sábanas. Francisca fue la primera en incorporarse.

—¡Maldito sea el reloj! — dijo, pegándole un manotazo al despertador—. ¡Oh! Estaba soñando que me daban el Premio Nacional.

—¡Imposible! — exclamó Lotte, sacando la cabeza por el alfiler de la cama—. El Premio Nacional me lo están dando ahora.

—Sí —contestó Francisca— y a esa otra la están haciendo emperatriz.

La aludida —que no era otra que Mariana— se incorporó súbitamente, exclamando:

—¡Vamos, gándulas! ¿A cuándo esperáis para abrir los ojos?

—Yo no me siento bien del todo — contestó Lotte.

—¡Ah! La marmueta —dijo, riendo, Francisca—; tiene jaquica. Le llevaremos el desayuno al lecho para que no se moleste.

—¡Estúpida! — replicó Lotte, malhumorada.

Catalina se había levantado ya y regresaba de la cocina con un tarro humeante y unas cortas en la mano.

—El café está listo —gritó a sus compañeras—. Además hay café.

—¡Oh! ¿Para mí? —exclamó Lotte, quitándole una carta de la mano. Y leyendo la estampilla, prosiguió—: ¡De Dresde! ¡La ciudad de mis sueños!

—Esta no es para ti —dijo Catalina, entregándole otra de las cartas—. Ahí tienes la tuya.

—¿Contribuciones? ¿Que quieren de mí las Contribuciones?

—Dinero, dinero y sólo dinero. —Y alargando la otra carta a Mariana, —dijo—: Toma, ésta para ti.

—Para mí no —replicó ella después de leer la dirección—. Es para la firma.

—Como viene de Dresde, supuse que sería para ti.

—Podría ser de Kohlund, es claro! —objetó Lotte.

—¿Y qué? —replicó Mariana.

—Tiene razón —intervino Franziska—. ¿Y qué? ¿Quién es el señor Kohlund...? Nos escribe a todas: no la escribe a ella.

Lo hemos borrado de nuestro corazón, y si alguna vez nos traicionamos y soñamos con él, también soñamos que somos reinas de Saba. Ya lo dijo el gran clásico español: «Y los sueños, sueños son».

Mientras tanto, Mariana había abierto la carta y, mostrándola a sus compañeras, les dijo:

—¿A que no acertáis qué es eso?

—La petición de boda? —contestó plesurosamente Lotte.

—Escuchad: La carta no es de Kohlund. He aquí nuestra gran ocasión. La fábrica de cigarrillos abre un concurso para lanzar al mercado una nueva marca.

—¿Y lo hemos ganado? —preguntó ingenuamente Catalina.

—Aún no —contestó Mariana con firmeza—, pero lo ganaremos. ¡Qué duda cabe! Se trata de un gran concurso en el que nosotros tomaremos parte.

—Buena, ¿Y eso es todo? —preguntó desilusionada Franziska.

—Le darán el premio a otro! —exclamó Lotte.

—Pero, ¿qué flaqueza es esa? —les interrumpió Mariana, irguiéndose entre las dos—. ¡Querer es poder! No olvidéis eso.

¡Váncos! ¡Ah! Ya sé que en los primeros tiempos no han salido bien las cosas. Ahora es distinto. ¡Ah! ¡Estoy más contenta! Esta es la ocasión que yo aguardaba con tanto afán!

Se trata de un asunto importante. ¡Nada de mezquindades! Ahora probaremos de lo que somos capaces las cuatro juntas.

El mundo se rendirá maravillado a nuestras plantas. Invertiremos en los bancos todo nuestro capital. Hasta el último penique...

—¡Oye, oye! —le interrumpió Lotte—. ¿Y con qué pago entonces la Contribución?

—¡Oh! La Contribución puede esperar —le replicó Mariana, siempre optimista—. Ha esperado tanto que bien puede esperar un poco más. Nuestros católicos dicen: «Todos los intereses particulares habrán de ser sacrificados ante el interés social».

—¡Ah, Mariana! ¡Qué gusto si se realiza! —contestó Lotte.

—Tendremos esclavitud y fortuna —continuó Mariana—. Cumpliré mi promesa. No podemos atender a tantos clientes.

Nuestros anuncios serán conocidos en el mundo entero. Y en la fachada de nuestra casa habrá un rótulo cuyas letras de oro, brillarán: ¡Las cuatro camaradas!

Ante el entusiasmo desbordante de Mariana, todas saltaron de gozo. Una lluvia de optimismo cayó sobre ellas y, dándose el brazo alegremente, entonaron a coro un himno a su futuro triunfo.

...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

Aquel futuro triunfo tan anhelado y que ellas ya tocaban con las manos tardaba en llegar. Tardaba tanto, que se conocía que había perdido el tren y desearía venir a pie por lo lejano que se veía. Mientras tanto, los gastos se acumulaban y los ingresos de las cuatro ascendían a cero cero. ¡Aquello era la catástrofe! Ante los apremios de la oficina de Hacienda, Lotte no tuvo más remedio que comparecer allí una buena mañana. Entró en la oficina vacilante y cabizbaja, donde fue recibida por el consejero Hintze, el cual le preguntó:

—¿Qué desea?

—Yo, nada. Usted me ha mandado esto —y le mostraba el recibo de apremio.

Hintze miró detenidamente a Lotte; después repasó el papel que ella le presentaba y exclamó:

—Aquí dice pagar al tercer día, no a las seis semanas!

—Es que yo... —repuso tímidamente ella.

—¡Seis meses de recargo! —contestó Hintze, malhumorado.

—Es que no tengo dinero.

No diga. Ya conozco ese cuento. ¡A mí con esas...! —y se señalaba un ojo con gesto de pillín—. Aunque no tenga un penique, tiene que pagar la Contribución! Seis semanas de retraso... ¡Increíble...! ¿No le da vergüenza...? ¿De qué vive usted, si no tiene nada?

—Soy socialista de una razón social.

—¡Ah! Pero entonces... Entiendo. Su casa está...

—De capa caída, sí, señor! Hace seis semanas que esperamos un encargo. Ya ya dije que podíamos esperarlos sentadas.

Hemos invertido en las bocelas todo nuestro dinero. ¡Y no veremos ni un perrito!.

—Ya. ¡Y su patrimonio particular?

—Perdido. ¡Voló! Treinta y ocho marcos que tenía ya ahorrados...

—¿Treinta y ocho marcos nada más? ¿Era su fortuna...? Dígale: ¿Qué clase de razón social es esa?

—No es una razón, sino una locura social; por no decir que es una catástrofe. Tampoco hemos pagado el alquiler. Si eso sigue así, yo no sé dónde voy a poder dormir.

—¿Pero es que no tiene usted ni siquiera cama en que descansar?

—Si yo hubiera podido adivinar las consecuencias no habría prestado tal juramento.

—¿Qué juramento?

—El de nuestros estatutos.

—¿Ah, pero... tienen ustedes estatutos?

—Y muy serenos. Yo no puedo casarme siquiera sin la expresa autorización de la casa, con sello y firma. Item más: Nos está prohibido hasta enamorarnos. Tuvimos que jurarle las cuatro. ¡Y lo juramos sobre nuestras cabezas!

—¡Oh —exclamó Hintze, riendo—. Sobre nuestras cabezas...! ¿A decir sobre las cabezas de ustedes? Yo no sé si mi cabeza es suya o mía. ¡Pero no representa eso algo así como un voto de castidad...?

—Eso es: usted lo ha dicho. Un voto de castidad hecho a Mercurio. ¡Eso dice horrible que lleva un sombrerito con alas! Comprenderá usted después de eso, que no pueda pagarle la Contribución.

—¿La Contribución...? —murmuró el consejero, que empezaba ya a interesarse por aquella muchacha de rostro pálido—. ¡Ah, sí! Naturalmente. En tales circunstancias...

—No es verdad, señor funcionario —y aquí, Lotte, le asacó con una de sus más bellas sonrisas— que ya no se hablará más del asunto.?

Ante el silencio complaciente de Hintze, Lotte le alargó su diminuta mano, asiendo:

—Muchas gracias por todo. Hasta la vista.

El funcionario le quitó la mano con un escalofrío de emoción. Con ojos encandilados iba contemplando a Lotte. Al fin, le contestó:

—Esto es algo inimaginable! Pero, ¿por qué no se libra usted de las redes de esa firma y procura ser...

—¡Oh! ¡Los estatutos...! —repuso Lotte, con un mohín gracioso.

—Yo le aconsejaría —terminó Hintze, ya francamente interesado— que se saltase sumariamente los estatutos y contrajese usted matrimonio con un hombre formal y serio, y funcionario a ser posible...

—No hablamos de eso, señor funcionario... No hablemos de eso... Hasta la vista.

La dulce Catalina andaba también triste y carlaconfeída por el fracaso de sus negocios en comandita. No tenía dinero ni nada que empeñar. Al fracaso de su arte se unió el de su juventud, sola y sin objeto. El porvenir se le mostraba incierto y no quería pensar lo que podría acontecerle de proseguir aquella vida nómada. Hondamente preocupada salió del estudio aquella mañana para dirigirse... no sabía dónde. Encaramóse al primer autobús que le saltó al paso y se sentó cerca de la ventanilla. Por ella se veían los transeúntes en su andar agitado de columna, distraiéndose viéndolos pasar y se entristecía considerándoles a todos más felices que ella...

El cobrador la sacó de aquel ensimismamiento.

—El billete, hace el favor?

Catalina otó en su bolso. Puso la mano en su interior y la sacó vacía. No tenía dinero.

—Escuche... —rogó tímidamente al cobrador—. Es que no llevo dinero encima.

—Entonces, ¡apéese en la próxima parada!

Catalina bajó la cabeza avergonzada. El cobrador siguió la recomputación entre los demás viajeros. Un muchacho alto, de porte simpático, le largó unas monedas:

—Uno de enlace... —Y tomando el billete lo ofreció a Catalina.

—Muchas gracias. Me apoco en seguida.

—No importa. Tómelo usted.

Paró el autobús y el cobrador anunció:

—Leipzigerstrasse! —y dirigiéndose a la muchacha la conminó— Oiga. Ahora puede usted apenarse, señorita.

Catalina iba a levantarse del asiento, mas el joven la detuvo.

—Tenga —y le entregó el billete del pasaje, que ella inconscientemente tomó presentándolo al cobrador.

—¡Ah! Bien. Todo está en orden. Puede continuar el viaje.

Catalina miró al joven con ojos de agradecimiento. Antes no se había fijado en él. Ahora veía que se trataba de un muchacho cuya simpática irradiaba de toda su persona. El la miró también sonriente y en aquel momento el coche pegó un frenazo que hizo perder la estabilidad del joven, que iba de pie, haciéndole caer poco menos que sobre la muchacha. Incorporóse subitamente, disculpándose ante ella:

—Perdón.

—De nada.

—Le he hecho daño?

—No, no...

La conversación siguió indecisa hasta la terminación del

viaje de Catalina. Al aparecer ella él se empeñó en acompañarla. La muchacha no se atrevió a desairar a un muchacho tan bueno y tan buen mozo. Por el camino trabaron conversación, cada vez más animada. Ella se enteró que se llamaba Martin y que vivía solo, como ella. Hablaron de muchas cosas. De los árboles, de las flores, de los niños y de las poesías de Heine. Al final, la conversación de ambos fué a parar a lo mismo: al amor. Entonces ella calló temiendo dar un mal paso. Pero él proseguía cada vez más insinuante, habiéndole quedado al oído: —Amor, amor, amor.

Catalina regresó al estudio con el corazón inquieto y se dejó caer, pensativa, sobre un sillón desvencijado. Así permaneció largo rato sin darse cuenta que Lotte y Francisca andaban a su alrededor. La primera arreglándose unas rizos que pugnaban por desprenderse de su sien. La otra, estaba dibujando sentada frente un caballito. Catalina intentó incorporarse, pero Francisca la detuvo:

—¡Quieta! ¡Quieta! Si no te estás quieta no acabaré nunca. No falta casi nada...

—Ah, pero, me copias a mí? — preguntó Catalina.

—Llevo media hora como una estatua de sal, sin darte cuenta de nada absolutamente de lo que pasa a tu alrededor. Anda, vívete a ponerle allí.

—Está enamorada — exclamó Lotte, ante el ensimismamiento de Kate.

—No digas tonterías... — contestó ella sin mucha convicción.

Mientras eso ocurría, la intrépida Mariana se había dirigido a las oficinas en cuya central habían convocado el concurso. Desde que habían presentado su obra nada sabían al respecto y estaba ansiosa de conocer el fallo. Después de largo tiempo de hacer anteala, decidió penetrar al departamento de la secretaría. Alas que vio entrar a Mariana, le preguntó:

—¿Dónde va usted?

—Llevo esperando una hora.

—No importa. Si desea ver al jefe tiene que seguir aguardando. Le tiene muy ocupado el concurso.

—De eso se trata. Hace dos meses que esperamos una respuesta.

—Lo siento mucho. Le recibirá usted por escrito. Aguarde.

—No puedo esperar más.

—Pues no sé qué decirle. El señor Kohlund no puede atenderla ahora.

—¿Quién ha dicho usted...? — exclamó Mariana, asombrada.

—El señor Kohlund. ¿Le conoce usted?

—No, no... — contestó balbuciente a la secretaria. — Le conozco de nombre solamente. Yo creí que estaba en Dresde.

—Estuvo, en efecto, pero ahora está aquí, señorita. ¿Quiere decirme su nombre?

—No, no es necesario — balbució Mariana, retirándose. — No me conoce. Gracias por sus informes, señorita.

Mientras Mariana, sumamente contrariada, regresaba al estudio, en este había ocurrido una novedad. El viejo profesor Lange, cuyos pinceles en su juventud habían alcanzado cierta notoriedad, había decidido visitar a las muchachas sabedor de su estado precario — en atención a los buenos ratos que le habían hecho pasar en la escuela de Kohlund, cuando él iba allí por las mañanas a visitarle.

Francisca, Lotte y Catalina le recibieron aborrazadas.

—¡Qué alegría! — exclamó Kate. — Otra vez el profesor aquí.

—¡Hurra! ¡Nuestro papá Noel! — gritó Francisca.

—Llega usted muy oportunamente — le dijo Lotte.

—¡Oh, qué bien! — sentenció el viejo profesor. — Cuando tanto os alegro que haya venido, es señal de que las cosas no os van bien.

Ellos le contaron que, efectivamente, las cosas hasta aquel momento no se desahucaban a medida de sus deseos, pero que no habían perdido todavía la esperanza.

—¡La esperanza nos mantiene! — exclamó Lotte con ironía.

—Sí, pero no nos da materiales para nuestro trabajo — dijo Kate.

—Todo se andará — contestóles bonachonamente Lange. — Precisamente a eso he venido. Ahí os traigo algo de lo que os hace falta.

—¡Oh! ¡Papel! — exclamó contenta Francisca, deshaciendo un envoltorio que le había entregado Lange. — ¡Gracias a usted podré dibujar!

—Esta mañana conseguí sustraerlo del almacén.

—¡Nos toma por tontos! — dijo Lotte a sus compañeras. — Ya sabemos de qué almacén lo sustrajo.

—Y esto otro — preguntó Catalina, refiriéndose a un paquete que asomaba en un bolsillo del profesor — ¿de dónde lo sustrajo?

—Esto son pinceles desechados por mis colegas. Podéis aprovecharlos vosotros — y les entregó el paquete.

—Pero si están completamente nuevos! — contestó admirada Francisca.

—Lo parece, pero no. Son usados — mintió bondadosamente Lange.

—Profesor, es usted un ángel! — exclamó agradecida Catalina.

—No lleva usted escondido también algo comestible, profesor? — preguntó la desovuelta Lotte.

—¡Calla, mujer! — replicó Catalina.

—Estas cosas son muy útiles; pero no alimentan — arguyó la otra.

—¿En tan mala situación estás, criaturas? — preguntó compadecido el profesor.

—Ya usted lo ve — contestó Catalina —, pero paciencia. Mariana traerá algo seguramente. Ha salido a ofrecer unos dibujos nuestros.

Llamaron a la puerta y una de las muchachas fue a abrir. Era Mariana, que penetró pausadamente en la habitación con ojos tristes.

—Buenas noches — dijo, sin fijarse en el profesor.

—¿Mariana!

—¿Oh, usted aquí...?

—El señor Lange es muy bueno y no nos olvida — dijo Francisca.

Catalina y Lotte le preguntaron impacientes:

—¿Qué hay? Di.

—¡Nada! — contestó Mariana, bajando la cabeza.

—¡Mala suerte! — exclamó Francisca.

El bueno de Lange intervino cerca de Mariana para consolarla:

—¿Y quién es esta vez el cretino que comete la herejía de no admitir vuestros trabajos?

—El jefe de publicidad de la fábrica de cigarrillos «Equis y Zedax» — contestó Catalina.

—¿De la «Equis y Zedax»? — exclamó admirado el profesor. — ¡Pero si es vuestro maestro! ¡Kohlund!

—¿Es posible! — arguyó Catalina.

—Pues, claro que sí.

—¿El señor Kohlund? — preguntó Lotte, incrédula.

—Creíamos que estaba en Dresde — repuso Catalina.

—No, señor; ahora está aquí — afirmó Lange —. ¿No lo sabíais?

—Nosotras no — contestó Francisca por las tres. Y dirigiéndose a Mariana, que permanecía callada, le preguntó: — ¿Y tú?

—Tampoco.

—Mañana mismo iré a hablarle — propuso el profesor.

—No... ¿Se lo ruego! — exclamó Mariana.

—Pero... ¿Por qué no, criatura?

—Porque la que irá a verle seré yo!

Lo dijo con tal decisión que Lange creyó prudente no insistir. Largo rato acompañó la velada de aquellas muchachas, alentándolas en sus proyectos y dándoles ánimos para que no desfallecieran en su labor.

—¡La vida es dura y da muchos golpes — les decía —, pero hay que ser valiente y saber encajarlos!

Demasiado lo habían aprendido ellas! El golpe duró de la vida les había caído encima sin darse cuenta. ¡Pero su-

brian defenderse! Su juventud no podía malograrse a pesar de aquella serie de contratiempos que la suerte les había deparado. Para el día siguiente, Mariana se hizo el propósito de luchar a fondo y estaba decidida a pelear a brazo partido con la suerte hasta dejarla tendida a sus pies, a disposición de ella y de sus compañeras de fatigas y de ilusiones.

Todas aprobaron su entereza y el viejo profesor las bendijo en nombre del arte, que tarde o temprano, premia a los que sueñan en él.

ARTE, NEGOCIOS Y AMOR...

Al día siguiente Mariana se personó de nuevo en la oficina de publicidad. Vuelve allí, a pesar de saber que el jefe es Kohlund, pues los intereses de las cuatro amigas deben anteponerse a sus asuntos personales.

La secretaria insiste cerca de Kohlund de que está fuera esperando la señorita que ayer venía por el contrato del cartel.

Kohlund, malhumorado, da orden a la secretaria para que pase de una vez aquella visita.

—Pase para ella — se dice —. Estoy con un genio del diablo. Y lo que es el contrato no se lo lleva. ¡De eso, ni hablar! Se abre la puerta del despacho y entra Mariana decidida.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Séntese usted. ¿Qué desea? — De pronto se da cuenta de la muchacha y exclama atterradoro: — ¡Chiquilla!

—Disculpe, señor Kohlund está insistiendo — contesta ella sin darse por aludida —. El caso es que ayer estuve también aquí a verle, pero como estaba usted tan ocupado...

—¡Un momento, un momento! — replica él alegremente —. Empecemos por lo más interesante. Y para mí ahora lo más interesante es mirarla... ¡Si no puedo creer lo que ven mis ojos! ¿Usted viene a verme a mí...?

—No tenía más remedio. Es preciso que...

—Ante todo — interrumpe Kohlund —: ¿cómo le va a usted? La verdad.

—Bien. He tenido suerte. Y usted, ¿qué tal?

—Nada más que regular y gracias. ¡Mariana! ¡La pequeña Mariana! La encuentro un poquito más delgada, pero...

—Ya vengo solamente a hablar de negocios... — interrumpe ella.

—¡Siempre la misma! A hablar de negocios... Entendido. Pues hablemos de negocios ya que usted así lo quiere. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Pues, bien, mi visita es para tratar del cartel.

—¿Qué cartel?

—Para el concurso de la nueva marca. Se lo ruego. Véalo usted con atención.

—Pero si eso es un asunto concluido! Hemos admitido otro cartel.

—Ah! — exclamó Mariana, casi a punto de desplomarse.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente usted mal?

—No, no es nada. Quizás el dolor... y el vaho de la comida... Yo suponía...

—Ya sé lo que usted suponía. Que habiéndole ofrecido mi nombre, no vacilaría en otorgarme el contrato.

—Por qué razón es usted tan intransigente conmigo?

—Porque no quiero que nos unan relaciones comerciales precisamente. Esa es la razón. Desde que dejamos de vernos, mi criterio no ha cambiado. Le admito como mujer, pero no como artista. Y ya estamos riendo.

—No he venido a eso.

—Ya sé. Ha venido a tratar un asunto comercial.

—Dios mío! — murmuró Mariana, tambaleándose.

—¿Qué le sucede? — y acudía solícito a cogerla. — ¿No se encuentra bien...?

—No. Deje me usted...

—Oh! Mariana!

—Ay! No he probado un solo bocado en todo el día...

—Oh! Buenos días — Y salió del despacho, dejando atónito a Kohlund.

—¿No es así? — dijo el al hallarse solo. — Yo no soy un libertino. ¡Hace un año que quiero casarme con ella y, ahora, no le he preguntado siquiera su dirección!

Al regresar al taller, Mariana ve una bandera que ondea, nada en el pafarrayos. Es una camisa de noche y anuncia la primera victoria de las cuatro amigas, al obtener la publicidad de la casa X. Y. Z. sin ayuda de persona alguna, porque Kohlund no sabía quienes eran esas cuatro amigas.

Catalina fue la primera en saludarla al entrar.

—¡Mariana! ¡Albricias! ¡Honor a las triunfadoras...!

—¡Gloria al artista! — repetían alborozadas Lolte y Francisca.

—Es que os habéis visto (ocas? — exclamó Mariana.

—¡Mariana! — contestóle Catalina. — Después que hemos empavescido la terraza en honor tuyo...!

—¿Y te brindamos el vino de honor por el encargo! — dijo otra.

—¡No, no! — repuso Mariana. — No hay tal encargo. Todo está perdido.

—¿Cómo que no hay tal encargo? — replicó Francisca, mostrándole una carta. — ¿Y eso, qué es? Y por correo urgente.



— ¡Siento decirle que sigue usted tan presumido como le conocí.



El amor dominó, por fin, sobre todos los pactos, edades y negocios.

Mariana, en el colmo de la perplejidad, le arrebató la carta y se puso a leerla con avidez, mientras iba exclamando:

—¡Certo... cierto... No hay duda: es la Agencia de Publicidad, «Las Cuatro Camaradas». — Está bien claro. — «Distinguidos señores: En nuestro poder sus boletines, tenemos el gusto de manifestarles que quedan admitidos para su publicación. Falta sólo tratar las condiciones. Sirvanse ustedes llamarnos por teléfono. Siéganlo Koblince. Al fin se ha conseguido! ¡Y por nuestros propios méritos! ¡Vamos a telefonarle inmediatamente!

Las cuatro amigas bajaron a la calle saltando los escalones de dos en dos. Una vez en la cabina telefónica, Francisca cogió el aparato y se lo dio a Mariana.

—Tras —dijo esta, saltándole el pecho de contenta—. Al habla, «Cuatro Camaradas». Sí, señor; somos mujeres. Sí, sí. Quedará usted satisfecho de nosotras. Permítanme expresarle nuestra sincera y profunda gratitud por su preferencia. Un momento, señor. Catalina se puso al aparato:

—Oiga... ¡Aquí, al habla, Kate Winter! ¡Y Lotte Wang! Un momento. Aún hay otra. ¿Cómo...? También el cambio con prima, dice usted...? Sí, señor director. Aguarde... y entregó de nuevo el auricular a Mariana, mientras le decía contentísima: — Si va a caer sentido cuando le digas quien eres.

—Mariana Krug, Sí, señor Koblince. Usted no quiere en modo alguno tener relaciones comerciales conmigo. ¿No es verdad? ¡Pero yo... yo me alegro de tenerlas con usted!

Cogió el auricular sin aguardar la respuesta y las cuatro camaradas salieron a la calle dándose el brazo con aire de triunfo.

—Mariana —dijo Lotte—. Ayer, la miseria; y hoy,

—Ya pasó —contestó ella complacida—. No hay que recordarlo. Ahora hemos de estar siempre reunidas.

—Siempre exclamaron todas — ¡Lo hemos jurado!

—Por encima de nuestras cabezas — apoyó Catalina.

—¡Y no enamorarnos sin el consentimiento de las otras tres!

—Sí, cierto —contestó Mariana—. Y aunque somos de carne, yo... yo soy puro camaradazgo...

—¡No! —replicó vivamente Francisca—. Juramentos, no; que luego se falta a ellos.

—Yo los cumpla siempre —repuso Mariana—. No es de jure por nada. El interés de la casa por encima de todo. ¡Jurado!

—¡Jurado! — exclamaron las demás extendiendo los brazos.

—¡Propongo ir a una confitería! — dijo Catalina entusiasmada.

—Nada de eso —arguyó Mariana—. No hay que comerse

las ganancias. Hay que invertirlas en el negocio. ¡Estoy tan contenta que sería capaz de abrazar a cualquiera!

—No hay inconveniente —dijo un transeúnte que la oyó al pasar—. Yo consiento en que usted me abraze, señorita.

—Ya supongo en que usted no se opondría —contestó Mariana.

—Claro que no —dijo él.

—Don Juan Tenorio con lengua! —exclamó riendo Francisca.

—A usted lo la dejó que me abraze —contestó el señor.

—Dígasme ahora! Cárcara usted como una gallina...

—¡Gallo! no se olvide, gallo!

Las risas de las cuatro compañeras atronaban la calle. De aquella conformidad fueron recorriendo las avenidas de la ciudad, que desde entonces les pareció más bella; el sol más radiante y la vida más apetecible.

El primer sorprendido por aquella aventura fue Kohlund. Después de su conversación telefónica con las muchachas se dio cuenta de ello. Resultaba que el premio, que era la concesión del contrato, había sido concedido a ellas. ¡A ellas, en cuyo frente estaba Mariana!

—¡Claro! —se dijo—. El cartel con las cuatro muchachas chatillas. ¡Que tanto yo al re dar con ellas!

Desde la concesión del premio la vida de las cuatro muchachas desahogaba con mayor holgura. Podían comer, vestir y solazarse. El trabajo no faltaba y los encargos iban cumpléndose con rigurosa meticulosidad. Mariana creyó oportuno alquilar una bonita tienda en la Karlsruherstrasse, donde mandó instalar un bonito letrero luminoso con la inscripción de ellas Cuatro Camaradas. Fue un éxito. No obstante, Francisca se negó en absoluto a abandonar la antigua tabardilla donde tantos ratos malos y buenos habían pasado las cuatro amigas. En ella, en secreto, iba cultivando sus afanes de pintora —más que de cartelista— con la esperanza de tomar parte en la próxima exposición.

La vida de las muchachas desde aquel momento tomó otro rumbo. Instaladas en la nueva tienda iban cumpliendo sus contratos de una manera mecánica, algo aburrida, pero sin palabras económicas.

LA VIDA SIGUE

También la tranquilidad cesa, según dijo el clásico. Las cuatro amigas trabajan con entusiasmo. Mariana se ve al frente de un negocio y por segunda vez rechaza casarse con Stegan Kohlund. Pero sus tres amigas cada día están menos

animadas. Lotte se ha enamorado de un empleado del Ministerio de Hacienda, pues prefiere el casamiento a la publicidad. La dulce Catalina festeja con un ingeniero. Se encuentran con frecuencia, hasta el día en que Catalina confiesa, llorando a su amiga, que espera un hijo. Y Mariana no puede hacer otra cosa que casar a los dos jóvenes.

No queda más que Francisca. Pero ella también se ha independizado. El cuadro que ha pintado en secreto merecerá lugar de honor en la Exposición. Se titula *Las Cuatro Amigas* y representa la enérgica Mariana, la dulce Catalina, la materialista Lotte y la artista Francisca, que no quiere ya dibujar más carteles.

Aquella tarde las muchachas estaban inquietas. Mariana no podía adivinar por qué, pues para ella no existía más afán que la labor del trabajo y el crédito de su establecimiento.

—¿Qué despaño va hoy el reloj? —murmuró Catalina—. Las siete menos cuarto...

No lo miro tanto —contestó Mariana—. Tenemos que acabar el trabajo. ¿Dónde estará Francisco...? ¿Y Lotte...? Ve a ver que hace por ahí dentro.

Pero Catalina se encontró en la puerta con el ingeniero Martin —el muchacho del autobús— que, cansado de esperar, se decidió entrar a preguntar por ella.

—¡Martin!

—¡Llevo una hora esperándote!

—Debate aguardar abajo.

—Está floviendo, y tardabas.

—¡Llévete!

—Como que con este tiempo no podemos ir a ninguna parte, he comprado entradas para el cine. ¿Qué te parece?

—Yo me quedo a trabajar.

—¿No vienes al cine?

—¿No te das cuenta que es preciso que me quede esta tarde...?

—Está bien. Esto no se hace conmigo más que la primera vez. Eso, tengo bien por seguro; primero, el plantón, y ahora aquí está tu entrada. Tú verás lo que decides. ¡Vaya un taller!

Catalina le dejó marchar, pero prometió encontrarse con él por la noche en el cine. ¿Que otra cosa podía hacer si se quería...?

Por su parte, Lotte, estaba también intranquila. Sabía que Hilse, el funcionario de Hacienda, la aguardaba en otro lugar y había pasado con mucho la hora de la entrevista. ¿Cómo estará el hombre! Por fin, terminado el trabajo, Lotte

fué a verle a su casa. Le habló de un humor de mil demonios.

— ¡No se acerque a mí! — dijo él al verla entrar.

— ¡Tan enojado está usted conmigo...?

— No, no; de ningún modo... — contestóle Hinzler, más calmado.

— Se ha resfriado usted por culpa mía. Debe usted acostarse. Aquí hay mucha corriente.

— ¡Acostarme...? Soy soltero y vivo solo. ¿Usted comprende...?

— ¡Oh! ¡Perfectamente! Usted necesita quien le ayude a pasar el catarro que ha cogido por culpa mía. Yo le ayudaré. Gracias a Dios, veo que vino no le falta.

— ¡Afortunadamente, soy asustado.

— No importa. Me lo beberé yo. ¿Dónde está la cocina?

— La segunda puerta a la izquierda. Pero...

— ¡Aguarde. Voy a calentarle algo. Vuelvo en seguida.

Hinzler le dejó hacer encantadísimo, y lanzando un fuerte estornudo se dijo entre sí: ¡Cómo se preocupa por mí esta chica!

Al poco rato regresó Lotte de la cocina con una taza humeante.

— Bebase usted eso. Le hará bien. ¡Verdad que está rico?

— ¡Peromermi! — exclamó Hinzler, después de sorber el contenido de la taza. — El catarro voló como un pajarito. ¿Sabe lo que es usted? ¡Pues es usted una samaritana moderna!

— ¡Qué amable! ¿No le molesta que no hayamos podido ir al concierto?

— Para concierto el maestro... Schubert. La Inacabada. ¡Bah, bah! A veces me ocurre que podría yo amarla.

— ¡La Sinfonía o su carrera?

— Todo. En mi vida todo es inacabado, cortado, incierto. Todo está a medio hacer. Ya ve: soy soltero.

— ¡Y qué tiene que ver eso con la Sinfonía Inacabada?

— Pues que sólo los casados están acabados. ¿Tendría usted inconveniente, señorita Lotte, en que yo la librase, por el momento, de pagar todos los impuestos que tanto le agobian...?

— ¡Pero si eso ya lo hacen y estoy muy agradecida!

— Lo que yo quiero decir es que no tenga ya que pagar nada, porque haya otro que pague por usted. ¿Está claro?

— ¡Ah! ¿Quiere usted decir que pagaría por mí los impuestos...?

— Le suplico que lo acepte. Le cabe a usted al menos la tranquilidad de que para mí no sería ningún gravamen, ya que me ahorraría, en cambio, el impuesto de soltería. Y perdón si he sido demasiado osado.

— No lo crea. Pero nunca pude pensar en una declaración tan burocrática.

— Como es la primera vez que lo hago...

— Pero, dígame: ¿me quiere usted un poquito...?

— ¡Estoy que muero por los adosquines!

Francisca seguía portando en silencio. En su bahardilla únicamente recibía la visita del viejo profesor Lange, que veía en ella además de una verdadera discípula de Apoles, una muchachita hacendosa y espiritual. Esta tarde, Francisca y Lange hablaban confidencialmente.

— Si Mariana supiese que estoy trabajando aquí y por mí cuenta, ella que me esperaba en su taller para pintar carteles...

— ¡Remordimientos! — preguntó Lange.

— No. Mientras las cosas nos dueren mal, trabajé por todas. Hoy ya debo pensar en mí. ¿No tengo razón?

— Claro, claro. Es necesario mirar por sí mismo si quiere uno llegar a ser algo.

La tienda de «Los Cuatro Amigos» ha ido en crescendo. Al fin, Kohlund decide hacer una visita a las cuatro muchachas: no sea más que en recuerdo del tiempo arradable que convivió con ellas.

Kohlund entró en la tienda y la primera que se encontró fué con Catalina, a la que encontró llorando.

— ¿Qué gracia? — exclamó — ¿Qué pasa? ¿Yo que pensaba que aquí hasta los plomos se pasaban el día bailando de gozo?

— ¡No le diga usted a Mariana que he llorado, por Dios! No se lo diga usted.

— Desuenda. No se lo diré.

En aquel momento apareció Francisca, que pasó a saludarle.

— ¡Ah! ¡El fabricante de cigarrillos!

— ¡Hola! ¡Encantadora Francisca! — saludó Kohlund. — Ya me ha dicho el profesor Lange que en la próxima Exposición...

— Por Dios — atajó ella —. Eso no debe saberlo nadie. Ojete guardar el secreto. ¡Sobre todo no se lo diga usted a Mariana!

— Desuenda. No se lo diré — contestó Kohlund, asombrado. En aquel momento apareció Lotte.

— ¡Oh! ¡Qué sorpresa! ¡Señor Kohlund!

— ¡Hola! Le guardaré el secreto — contestó él al verla.

— ¿Cómo...? — repuso extrañada Lotte.

— Eso que Mariana no debe saber.

— ¡Oh, sí...! Y, ¿cómo lo sabe usted...?

— No, no! — contestó riendo Kohlund —. Ahora que veo que en la sociedad reina una confianza ilimitada!

Mariana apareció con cara de pocos amigos. Al ver a Kohlund con las muchachas sólo le ocurrió preguntarse:

— ¡Qué raro! ¿Qué es lo que sucede aquí hoy?

—Sí —objetó Kohlud—: yo también quisiera saberlo. Buenos días señor gerente. Vengo sólo a asuntos de negocios.

—Ya. ¿Y qué es ello? —contestó muy seria Mariana.

—Nada. ¿Le parece poco negocio para mi poder verla?

—No puedo atenderla.

—No se ponga así, Mariana.

—No le he prohibido a usted venir a verme?

—Me encanta lo prohibido.

—¿Qué desfachatez!

—¿En qué parte la organización de la oficina. Vendré con frecuencia.

—Organice cuanto quiera. No me molesta.

Previamente, Kohlud, había mandado traer unas tazas de café con las que invitar a sus cuatro ex discípulas. Mariana aceptó la atención a retahuyantes: sus compañeras la aceptaron complacidas. Kohlud hizo servir el aromático moka en una mesita aparte con Mariana.

—Siento decirle que sigue usted tan presumido como cuando le conocí —dijo Mariana, una vez se hallaron apartados de los demás.

—Tiene usted razón —contestó él sin inmutarse—. Soy muy antipático. ¿Otro azúcar...?

—No, gracias. Sé mejor que usted de asuntos domésticos.

—Ya que hablamos de cosas domésticas —repuso Kohlud, con su tranquilidad habitual—, le advierto a usted que yo desayuno muy fuerte. Almuerzo a las doce puntualmente. Y entre horas me llevo a la oficina un termo así lleno de cacao, hasta arriba, y unas pastas que me preparará mi querida esposa.

—¿Quién dice eso?

—¡Tu misma, fierrilla! ¡Eso es! Y ten bien seguro que es la última vez que te propongo casarnos.

—¡Ja! ¡Ja! —exclamó riendo Mariana—. Debo confesarle que su desesperada declaración es cómica.

—Todas las declaraciones lo son. ¿Cómo que las debía de hacer nosotros las mujeres!

—¡Ah, sí...?

—Estarias muy atractivas paseando nuestros balcones bajo la luz de la luna. En serio, ahora, ¿quiere que me ponga de rodillas para decirle una o mil veces, en todos los tonos, que estoy loco por usted?

—No.

—Entonces, ¿qué he de hacer para convencerle, para romper esa coraza de hielo en que te envuelves...? Eres una muñeca testaruda, incapaz de sentir amor por nadie. ¿No tengo razón...? Continúa. ¡No es cierto...! ¡No tienes corazón ni sentimientos!

—¿Usted cree...?

—¡No quisiera creerlo! No, Mariana; terminemos esta co-

media que a nada conduce. ¿Tú me quieres...? Mariana contestó.

—Yo no puedo inmiscuirme a las otras. ¿Cree usted, acaso, que he fundado esta casa con el solo objeto de hacerlo perder a usted la cabeza por mí...? Ellas sí que tienen plena confianza en mí.

—¡Oh! Sí, claro... Pregúntelas y se convencerá.

—Pues claro. ¡Francisca! ¡Lotte! ¡Käte...! ¡Oh! ¡Han sido sin decirme nada!

—¡Sin decirlo nada! Estaba previsto. El café ha sido delicioso. La tarde muy agradable y aprovechada para el que quiera sacar de ella las inevitables enseñanzas... Francisca, Lotte y Catalina han salido porque el señor las estaba aguardando a fuera. Nosotros, no tenemos necesidad de salir... ¿No le parece a usted, Mariana?

—Tiene usted razón. ¿Quién sabe...?

—Tú has nacido para mandar. Mandarás en mí y en nuestros hijos.

—No, Kohlud. Es triste mandar.

—¡Beh! Las mujeres superiores son fuertes.

—Y yo, ¿lo soy...?

—¡Claro que lo eres! ¿Quién se atreve a dudarlo? Una nueva Walkyria acostumbrada a luchar y a vencer con un desprecio absoluto por los hombres. Habrá que someterse. No temas que vaya a hacerte una nueva declaración de amor.

—Es que yo —contestó modestamente Mariana—, quisiera a mi vez...

—¡Christ! —contestó Kohlud, estrayéndose hacia sí—. ¿Qué vas a decir desgraciada...? Si algún hombre intentara cambiar tu modo de ser, échalo como hiciste antes conmigo. Oye una cosa: ¿quieres que nos casemos sin que tenga que declararme otra vez...?

La unión de dos labios en un purísimo beso de amor fué la contestación a la pregunta.

El pacto de las cuatro se había roto. Pero quedó latente, firme y amoroso el pacto de Mariana y Kohlud, de Lotte y Hiltse, de Catalina y Martín y de Francisca y el viejo profesor Lang.

El amor dominó por encima de todos los pactos, de las edades y de los negocios.

¡Es lo que tenía que ser!

F I N

EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

14. *Stele batalladas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
15. *El Capitán Costall*, por Olga Tachechawa y Karl Diehl.
16. *Botic en el Metropól*, por Henri George y Vitoria van Battenko.
17. *El poder invisible*, por Boris Barloff, Bola Luvai y Francis Drake.
18. *El Papa*, por Gustav Fröhlich y Wolf Janssen.
19. *Exterminio*, por Buck Jones.
20. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
21. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
22. *Coluella Negra*, por Martha Ridd y Fries Koppert.
23. *Impetus de la juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
24. *Un mal caso*, por Ken Maynard.
25. *Granmulo Rojo*, por Rodolf Foester.
26. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
27. *Lo que pasó en mi vida*, por Betty Davis y George Brent.
28. *Calathea*, por Franziska Gassl y Alma Bell.
29. *La Rosa de los Andes*, por Nova Pilbeam y Ledit Ardwick.
30. *Escándalo matrimonial*, por Kent Taylor y Arline Judge.
31. *Delante contra Occidente*, por George Arlino y Lucie Mannheim.
32. *El Doctor Socrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
33. *Vala Dant*, por Willi Farsit y Hall Finkensteller.
34. *El Secreto*, por Robert Young y Madeline Carroll.
35. *La Voz seductora*, por Martin Ragerth y Paul Hartmann.
36. *Lo que pasó en mi vida*, por Sarah Leander.
37. *Una semana en la Luna*, por Arny Onda y Hans Shonker.
38. *Concierto en la Corte*, por Martin Ragerth y Johannes Heesters.
39. *Agallas Verdes*, por James Cagney, Pat O'Brien y Jane Travis.
40. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
41. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
42. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gassl.
43. *La italiana veneta*, por Lillian Harvey y Rolf Muehling.
44. *El doble del Rey*, por Alberto Matterstock y Gustl Huber.
45. *Rosas de acero*, por Victor Mc. Laiden y Binnie Barnes.
46. *Walzo-Walzo*, por Hans Adalbert y Wera Friebe.
47. *Valle prohibido*, por Noah Berry Jr. y Frances Robinson.
48. *Capitán*, por Lillian Harvey y Paul Stuart.
49. *Bisquenoque una noche*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
50. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laiden.
51. *Mores del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
52. *Ojo por ojo*, por Buck Jones.
53. *Alarma en la ciudad*, por Boris Barloff y Jean Rogers.
54. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Callala.
55. *Contabando*, por Hans Albers y Lotte Lenz.
56. *Milenario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.
57. *La Escalatoria*, por May Robson.
58. *El poeta indomable*, por Ken Maynard y Ruth Hall.
59. *Por mandato imperial*, por Hans Kriesch y Otto Gebühr.
60. *El Valle del Infierno*, por Buck Jones.
61. *Las 12 Orillas*, por Pat O'Brien y Josephine Hutchinson.
62. *La Sirena del Puerto*, por Dolores del Río y Richard Dix.
63. *Dama de Honor*, por Ken Maynard.
64. *La última Empladura*, por Sir Guy Standing y Richard Cromwell.
65. *Receta de Amor*, por Kent Taylor y Vandy Burie.
66. *Las Perlas de la Corona*, por Sacha Guitry y Jacqueline Delubor.
67. *Vitales de la peluquería*, por John Wayne y Louise Lathur.
68. *Noche embriagada*, por Sarah Leander y Hans Shonke.
69. *La Penitencia misteriosa*, por Tom Walls y Renée Saint-Cyr.
70. *El Mío del Cuatro*, por Buck Jones.
71. *Carpa de asesinación*, por Adolphe Menjou y Andrea Leeds.
72. *La Canción del Desierto*, por Sarah Leander y Gustav Knuth.
73. *Camino de la felicidad*, por Randolph Scott y Glenda Farrell.

Num 82